

Reproducción

Número 96. — Tomo VI.

30 de Junio de 1923.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

56
24257 rep.
C.R.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.



REPRODUCCION

No. 96 * 30 de Junio de 1923 * Tomo VI

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

Latas de basura

por Elizabeth Robins Pennell

(Las notas son de La Redacción de *Inter-América*)

Si Main Street (1) se extiende desde San Francisco hasta Nueva York, sin necesidad de verla puedo decir que la vía se distingue, no por los mije-ros que marcan la distancia, sino por las latas de basura. Mi experiencia me enseña que la lata de basura se ha convertido en elemento indispensable de la vía pública norteamericana, sea grande o pequeña. El recipiente de desperdicios no se oculta ya en calle-juelas y barrios pobres; en barrios al-tamente respetables de ciudades muy respetables también, exhibe pública-mente lo que se habría llamado «in-

(1) Nombre genérico que se aplica en los Estados Unidos a la vía o calle principal en muchas pobla-ciones.

mundicias» en antiguos días en que las «inmundicias» no se consideraban propias para exponerse ante la vista del público. Cierta vez conté once latas prolijamente dispuestas frente a una lujosa residencia particular, y veinticinco frente a un hotel eminentemente correcto; y asombrada me pregunté cuántas contaría en sus rondas diarias un guardia civil aficionado a la estadística. A veces están agrupadas al canto de la acera, a veces más modestamente al lado de la verja, y a menudo en medio de la calzada amenazando al desprevenido; pero siempre, de mañana, tarde y noche, se encuentran en alguna parte plenamente a la vista, ofreciendo al transeunte observador la oportunidad de saber quién se regala con langosta y quién ayuna con berzas, quién se da el lujo de despilfarrar en flores o quién economiza en carbón. La basura se recoge de vez en cuando, pero entonces se arroja en carros descubiertos, de los que, volando a diestra y siniestra, vuelve a las casas por puertas y ventanas, y de nuevo a las latas. Así, pues, gracias a las autoridades sanitarias, la

lata de basura constituye hoy un adorno tan fijo de la vía pública como el buzón postal o el farol.

Es un adorno que personas criadas al estilo antiguo apenas pueden considerar deseable. Pero la nueva generación debe de tener otra manera de pensar, pues si la lata de desperdicios la hiriera tanto como a mí, hace tiempo habría concebido la forma de deshacerse de tal aparato. En mi departamento en Londres, si el cubo de basura no era prontamente vaciado y puntualmente devuelto en la cocina a las diez de la mañana, por escalera, no faltaba quien investigara al punto la razón; y aquí no estamos tan atrasados, en comparación con los ingleses, como para no tener un servicio que ellos tienen sin dificultad. Tampoco puedo creer que el hábito, por más que opere milagros maravillosos, haya hecho de la lata de basura un objeto de belleza a ojos del público norteamericano; ni que el azar, a pesar de su malevolencia usual, lo haya convertido en un símbolo de la índole de que el té lo fuera entre nuestros antepasados, símbolo del límite a que

llegara nuestra tolerancia de la opresión. No obstante, con la sumisión del cordero aceptamos la enmienda décimoctava (1), pero si se entremeten con nuestras latas de basura ¡entonces..!

Mientras más pienso en este asunto, menos descubro que a los demás les preocupe. Nadie parece inmutarse ni regocijarse con la presencia de la lata de desperdicios, porque nadie la advierte. Y como nadie se ocupa en pensar en la lata en uno u otro sentido, héla allí, a la puerta de todas las casas, erigida en símbolo... no de la independencia nacional, sino de la cómoda indiferencia pública que conduce a un blando hábito de negligencia nacional.

Nadie puede exigir que las grandes naciones, como tampoco los grandes hombres, sean grandes en todos sus actos. Pero una gran nación no goza del privilegio que tiene un gran hombre para disfrutar en pantuflas de la holganza privada. Si usa pantuflas, una nación no debe usarlas en público, por

(1) Enmienda de la constitución de los Estados Unidos que prohíbe la fabricación y venta de bebidas alcohólicas.

más bajas que sean en los talones o levantadas en la punta. Es innecesario para mí hacer constar que como nación los Estados Unidos tienen momentos de grandeza: ciertamente no pecamos de modestos; tampoco es secreto de Estado que tienen momentos de reposo y los gozan en abominable desaliño. En realidad, la pública ostentación de este desaliño parece contribuir al goce de aquellos momentos. El gobierno se esfuerza por sentar el ejemplo en la capital. Si bien el gobierno se ha mostrado inspiradísimo en levantar edificios presidenciales y parlamentarios tan hermosos en su dignidad y sencillez como la democracia tiene reputación de serlo y NO LO ES, por otra parte ha revelado la mayor negligencia respecto de la avenida que une esos edificios. De Pennsylvania Avenue podía haber hecho los Champs-Élysées de los Estados Unidos; en cambio ha convertido esa vía en una inmensa lata nacional de basura, desbordante de chozas, reproducciones y retazos de Chinatown (1), fondas baratas y ho-

(1) Así se llama el barrio Chino en muchas ciudades de los Estados Unidos.

teles desvencijados: todos los desperdicios de la capital. Y a este respecto la nación adula a la ciudad de Washington imitándola servilmente. Nueva York, consciente de su responsabilidad como la más importante de nuestras ciudades, lo hace en mayores proporciones. En ninguna otra parte existe contraste más agudo entre las obras de los Estados Unidos en momentos de inspiración y la negligencia del país en intervalos de relajamiento. Hace algunos años la necesidad y los arquitectos proyectaron transformar a Nueva York en una ciudad de palacios, una Génova o Florencia glorificada, y agrupar los palacios en belleza increíble en la zona desde la cual se domina el puerto más inconcebiblemente hermoso del mundo (1). Poco después, la necesidad volvíase menos premiosa, y las autoridades edilicias descubrían la ley de zonas; entonces se edificaron «rascacielos» sin pretensión de palacios, destruyendo el equilibrio y la línea de la perspectiva ar-

(1) Al decir esto, la autora demuestra que no ha visto el puerto de Río de Janeiro.

quitectónica, desbaratando la armonía del conjunto. Como vía pública la Fifth Avenue no es menos soberbia que la alta bahía de Nueva York como puerto; pero si bien su esplendor no tiene paralelo, tampoco lo tiene la inmundicia de los barrios bajos vecinos donde se multiplican nuestros residentes extranjeros. Aquí y allá, en puntos determinados de su vasto trayecto, arquitectos y escultores han trabajado en consorcio obteniendo efectos que no desdeñaría la más espléndida de las antiguas ciudades de Francia, España e Italia. No obstante, sin que ello parezca preocupar a nadie, el más bello de esos efectos ha sido rápidamente eclipsado por una estructura gigantesca de cajas de ladrillo, con un gallo de oro encaramado en el tope en actitud de cantar una burla insolente.

Los norteamericanos observadores que llegan a Nueva York directamente de París, dirán tal vez al desembarcar que la ciudad les choca en grado intolerable por su deformidad. Pero Nueva York no es deforme. París no está libre de calamidades arquitectónicas;

sólo que, como el genio de orden es el mayor de los valiosos dones que Francia ha dado al mundo, aun las miserias arquitectónicas mantiénnense dentro de ciertas restricciones. Bien puede errar en la edificación el arquitecto francés moderno, y efectivamente yerra; pero rara vez se permite que sus equivocaciones rompan la armonía del plano de la calle o de la ciudad de que forman parte. Los franceses modifican, en tanto que nosotros, con nuestra indiferencia habitual, exageramos la falta de armonía.

Cualquiera que sea nuestro objeto, ya la belleza, ya la utilidad, nuestra grandeza falla antes de llegar a la meta, muy a menudo en el momento más desfavorable; pero como estamos acostumbrados a la falta de armonía en todo, no nos molesta ya. Nueva York construye un ferrocarril subterráneo que es admiración de los ingenieros en todo el mundo, pero lo llena de ruido tal que amenaza llevarlo a uno a Blackwell's Island (1) al

(1) Isla situada en el East River, al este de New York, y donde existen prisiones, asilos de insanos, hospicios de pobres y hospitales.

término de la jornada. Los tranvías urbanos norteamericanos constituyen modelos para las demás naciones de la tierra, y en nuestras calles más lujosas esos tranvías se vuelven cada día más sucios hasta que la manguera más poderosa y el mejor escobillón no bastan para lavar la inmundicia. Y mientras que en el tranvía y en el subterráneo nos codeamos y nos empujamos y luchamos por abrirnos paso a través de sudorosas masas humanas, nos orgullecemos de nuestro adelantado sistema de transporte, y en complaciente ignorancia compadecemos al pobre extranjero por usar carros que llevan el cartel: «ocho caballos, veinticinco hombres», de cuyo empleo no tenemos la más remota idea, sin habernos inquietado jamás por averiguarlo.

Nuestros parques son nuestra gloria; pero los árboles, transportados a costo considerable, perecen por falta del cuidado debido; arbustos y plantas florales, cultivados con gran trabajo, se encuentran a merced de los patinadores de invierno y los vagabundos de verano, por carecerse de las

debidas regulaciones. Nuestros caminos principales han sido mejorados en forma casi increíble desde los días en que se ignoraba el automóvil, y hasta el maltrecho cerco ha sido en gran parte reemplazado por setos de rosas y madreselvas; sin embargo, a cada recodo deformamos nuestros caminos con carteles de avisos, la maldición del país. Importamos del norte de Francia magníficos caballos de tiro; mas en nuestras grandes ciudades esos caballos y su progenie trabajan en tales condiciones y con atelaje tal que deshorrarían al rocín más miserable de una aldea remota. Nuestro dinero atrae a los más renombrados cantantes del mundo a la Metropolitan Opera House, y vistiendo nuestra indumentaria más costosa los escuchamos desde palcos y butacas que necesitan urgentemente los servicios del tapicero. Somos tan generosos con nuestro departamento de correos que siempre estamos dispuestos a cubrir su déficit; y a pesar de ello los empleados, para remitir un libro a distancia tan corta como entre Brooklyn y Manhattan, hacen de modo que abollan las esquinas en forma

irremediable. Nuestras tiendas son modelos de exposición; pero los paquetes descuidadamente hechos que envían, llenarían de confusión al mercader de Londres y de París.

La enumeración de ejemplos no tiene término. Únicamente la política ofrece material para un capítulo... un libro... una biblioteca... cuya compilación requeriría un ejército de empleados durante el período de la vida de un hombre. Pregúntese a un norteamericano, ausente por largo tiempo de su país, que es lo que le llama más la atención a su regreso; si es sincero, contestará que el lujo extraordinario al lado de la miseria más calamitosa. Podemos edificar, pero no podemos persistir en la obra; y el desaliño público ha llegado a parecer tan inevitable como las industrias nacionales.

Los norteamericanos que se jactan de un fácil patriotismo consideran un delito criticar el propio país, en la creencia, supongo, de que perseverando en la idea de nuestra grandeza seremos siempre grandes. Pero hombres sesudos nos enseñan que los defectos só-

lo pueden corregirse tratando de descubrirlos, mediante un examen diario de la consciencia; y como nuestra grandeza se evidencia solamente en momentos excepcionales, mientras que nuestra negligencia nos acompaña todos los días, conviene ensayar siquiera aquella práctica. Ciertamente, si continuamos por mucho tiempo como en la actualidad, nadie podrá decir dónde acabaremos. Hemos cerrado de tal modo los ojos a la negligencia prevaleciente, que ésta no sólo se arrastra sino que avanza a pasos agigantados en todos los órdenes esenciales de la vida. Las naciones decaen y perecen, desapareciendo las ciudades y cuanto encierran. Los más lozanos frutos políticos del presente se marchitan y corrompen en breve. El arte, únicamente el arte, sobrevive a las generaciones que pasan y a lo que llaman civilización; y la negligencia nacional afecta actualmente al arte, no sólo al arte en su limitada acepción usual sino en el sentido más vasto, que incluye la palabra hablada y escrita, la pintura, la escultura, el grabado, la arquitectura y la música.

Medida por los recursos que poseemos para alcanzarla, nuestra grandeza en todos los ramos del arte sería prodigiosa. ¡Cuán irreales y fantásticas hubieran parecido la abundancia y riqueza de nuestras escuelas, colegios y universidades, a estudiantes de pasadas épocas en que la educación era privilegio de unos cuantos, quienes tenían que trabajar con ahinco para lograrla! Pero, ¡cuán sorprendente el fruto insignificante en el parto de estos maravillosos montes del sistema educativo! ¡Y cuán incomprensibles los nuevos métodos! La disciplina mental, en otro tiempo el principal objeto de la educación, ha quedado subordinada a notas, exámenes y diplomas; los niños estudian mediante el juego, y dirigen ellos mismos el juego; la gramática ha sido relegada a lugar secundario, y el análisis prosódico es materia tan extinguida como imaginábamos a los plesiosauros hasta hace poco; las materias cuyo aprendizaje requiere esfuerzo son cómodamente abandonadas; el pensar es ocupación superflua; los eruditos más satisfechos de sí mismos se alejan rápidamente

de los antiguos fundamentos, y desechan a su paso las normas antiguas. En todas partes pueden observarse los resultados de nuestra negligencia intelectual. Los estudiantes se aglomeran en el salón de conferencias; escriben una admirable variedad de tesis de exámenes; salen de la escuela, del colegio o de la universidad cargados de laureles; pero no pueden hablar ni escribir un inglés correcto. Su lenguaje es el lenguaje usado en las páginas cómicas de los diarios. En voz que no se les ha enseñado a dominar o modular, dicen que ellos «gotta go,» (1) y que «gonna do it,» (2) y aderezan su conversación con gemas como «watcha» (3) y «gotcha» (4) y vulgarismos análogos, desprovistos del humorismo y el vigor que da gracia y a veces elocuencia a la verdadera jerga popu-

(1) Contracción viciosa de *have got to go*, «tener que ir o irse».

(2) Contracción viciosa de *going to do it*, ir o disponerse a hacerlo.

(3) Contracción viciosa de *what do you*, como en: *what do you wish?* es decir: «¿Qué desea usted?»

(4) Contracción viciosa de *I have got you*, expresión vulgar de los Estados Unidos que generalmente equivale en castellano a: «Le comprendo».

lar. Como hablan, escriben, no profesando por la palabra escrita mayor respeto que por la hablada. Aceptan todo aquello que economiza tiempo y trabajo: escriben *thru* por *through*, *program* aligerado del final *me*, *cigaret* del final *te*, *catalog* del final *ue*, *humour* sin *u*, *labour* con igual falta, y cometen otras innumerables profanaciones (1) no menos monstruosas, empleando casi siempre abreviaciones para ahorrar tiempo y espacio hasta grado tal que, según parece, no falta mucho para que libros y periódicos se impriman en caracteres taquigráficos. No existiendo la belleza del lenguaje, no puede existir la belleza de la literatura. Contamos con una legión de profesores de gramática inglesa; pero, ¿cuántos escritores o críticos distinguidos tenemos, cuántos lectores capaces de discernir y apreciar lo que leen? Si el crítico o maestro elude continuar la obra de ayer, si se regocija en haberse abstraído a la guía griega y

(1) En cuanto a la omisión de la *u*, debe reconocerse que hay buena autoridad para hacerlo, y que corresponde a una tendencia natural y lógica a prescindir de letras unidas e inútiles en voces netamente inglesas.

latina, si establece diferencia entre la lengua inglesa y la norteamericana, si se jacta de haberse emancipado de tradiciones que constituyen el patrimonio de la literatura moderna, ¿puede sorprendernos la calidad de los libros nuevos más solicitados y de las revistas baratas de nuestros puestos de venta; la abundancia nociva de trabajos de segunda clase, aplaudidos en revistas de segundo orden y devorados por un público de segunda categoría; la corruptora mezcolanza que llena hasta el tope la lata de basura de la literatura nacional?

Peor es aún, si cabe, lo que sucede con el arte del escultor, el grabador, el pintor y el arquitecto. Probablemente no hay pueblo que gaste tanto en el arte y hable tanto sobre el arte como el nuestro. El dólar norteamericano adquiere los tesoros que Europa no puede darse el lujo de retener. Los museos norteamericanos conviértense en lo que eran los museos europeos antes de que la guerra transformara a Europa en lugar inseguro para cuanto podía producir dinero. Las ciudades de los Estados Unidos, gran-

des o pequeñas, construyen espaciosas galerías, templos artificiosamente clásicos hoy diseminados en todo el país. Abundan las escuelas de arte, obteniendo fácilmente donativos en el mayor número de casos. Los estudiantes norteamericanos de arte son tan incontables como las arenas de una playa, y las becas suficientes casi para todos. El arte es un juguete de moda, un instrumento de reforma, una ayuda para el reformador de la humanidad. ¿Y qué se consigue con todo ello? Cuando nuestros museos han adquirido las obras maestras del mundo, ¿cómo benefician éstas al público? ¿Qué curso técnico, qué preparación práctica ofrecen las escuelas a los estudiantes, siendo fábricas organizadas para «producir» con la mayor celeridad artistas capaces de enriquecerse rápidamente, para señalar el camino más corto hacia el éxito, para señalar la manera astuta de evadir el trabajo, SIN EL CUAL NUNCA FUE NI SERÁ POSIBLE EL ARTE SUPREMO? Hemos realizado y aun realizamos de vez en cuando grandes obras artísticas y literarias. Hemos triunfado en la arquitectura. Pero yo hablo de la re-

gla, no de la excepción; y lo que es la regla se colige por la tendencia actual de los artistas a caer en los «ismos» o caminos cortos, tan fácilmente como los patos caen en el agua; por la ansiedad del público hacia lo sensacional o descuidado en la pintura, y la disposición de muchos pintores a satisfacer esta predilección; por la indiferencia general respecto de la escultura, salvo en damas que consideran ofendido su sexo, o en cronistas que encuentran material para un buen «suelto»; por la popularidad de revistas ilustradas que constituyen una desilusión para artistas, grabadores e impresores, quienes recuerdan un pasado no muy remoto en que la revista ilustrada norteamericana era una obra de arte; en fin, por la tendencia de ciertos arquitectos a descender a la trivialidad después de haber triunfado. Hay desde luego artistas que aman demasiado el arte para deshonrarlo; pero, ¿qué significan sus obras para el público, que no se siente herido ya por los deshechos del arte?

La música adolece de iguales vicios, y todo oído delicado debe evitar las

pruebas que así lo acreditan. La música ha llegado a estar no menos en moda que la política y la filantropía, y más aún que las obras de arte. Escuelas y profesores de música abundan tanto como escuelas y profesores de otras artes, ofreciendo becas y contando con alumnos igualmente numerosos. El concierto semanal, el concierto diario atraen una legión de abonados ricos a la puerta principal, una hilera de aficionados pobres a la entrada barata tras de la esquina. No ir regularmente a la ópera, es denigrarse como un advenedizo. En la magnitud de sus rentas los cantantes favoritos rivalizan con las estrellas del cinematógrafo. No hay comida digna sin música, tertulia elegante sin música, veraneo refinado sin música. Y no obstante las innumerables oportunidades que tiene para oír buena música, ¿cuál es la música que realmente ama el público, la música por la cual sacrificaría todas las grandes óperas y orquestas sinfónicas habidas y por haber, si tuviera el valor de hacerlo? Si se hubiera de escoger entre Wagner o Debussy y el jazz, entre Heifetz o Rachmaninoff y

la música fonográfica, ¿cabría dudar de la decisión, siempre que la gente no se avergonzara de confesar sus preferencias? Colóquese en las tablas un piano mecánico o un fonógrafo, impóngaselo como la moda del día, y ¡se verá si la misma legión, si la misma hilera, no sitia las puertas de Carnegie Hall (1) y de la Metropolitan! La música hecha a máquina ha estragado el oído. Las máquinas musicales son asombrosas como máquinas, pero no producen arte, sino algo mecánico; sin embargo, el público no distingue entre uno y otro. El público acoge favorablemente todos los substitutos mecánicos de la música, de igual modo que los últimos «ismos» de artistas mal preparados, los últimos dramas fotografiados de la película, las últimas crónicas del escritor que ha echado la tradición a los cuatro vientos. Para el negligente resulta mucho más difícil levantarse a la altura de las demandas intelectuales y emocionales del arte.

Habiendo disfrutado de medios edu-

(1) Gran edificio de Nueva York para conciertos, conferencias, congresos, exposiciones, etcétera.

cativos, los más han sido siempre los negligentes. Su actitud no presenta nada de nuevo, pero sí ofrece un peligro cada vez mayor. El hombre que como cosa natural pone la lata de basura en la puerta de su casa, puede concluir pasando inadvertida la presencia del receptáculo en su sala de recibo; del mismo modo el hombre de gusto o de saber que se acostumbra a la negligencia de la generalidad en aspectos importantes de la vida, puede acabar considerando inevitable esa negligencia, lo cual embotaría sus sentidos. Pero como en el caso de las latas de desperdicios colocadas a la puerta de las casas, mientras más pienso en las amenazas que rodean al arte, menos descubro que a los demás les preocupen. Aquellos a quienes he expresado mis inquietudes me aseguran que *el desaliño es inevitable en una democracia*. En una tierra donde rige el pueblo, no es posible exigir pulcritud ni tampoco respeto por el arte: doctrina desconcertadora para la persona enseñada a considerar la democracia como cuna y dispensadora de todo bien. Si el pueblo hace las leyes,

las leyes deben darle lo que desea; y si es desaliño lo que quiere, comete un error. O bien tiene la capacidad de gobernarse, y debe hacerlo mejor, o bien no puede dar más de sí, y por consiguiente no es capaz de gobernarse. No veo la solución de este dilema. Y mis inquietudes crecen cuando pienso que nuestro gobernante, el pueblo, ha permitido que el país se vea inundado por extranjeros pocos apetecibles que vienen a añadir sus métodos extranjeros de desaliño a los nuestros, y que, adoptando sin dilación la ciudadanía americana, tienen el derecho de imponernos tales métodos. Costumbres inofensivas en aldeas que el viento azota constantemente en colinas de Italia, pueden resultar muy nocivas cuando se importan a nuestros populosos barrios pobres. Hábitos que hacen horrorosos los barrios ruso-judíos en el sudeste de Europa, pueden re-credecirse virulentamente en los *ghettos* (1) que hoy se estimulan o se toleran en las democráticas ciudades de los Estados Unidos.

(1) Barrios judíos en ciertas ciudades de los Estados Unidos y de Europa.

Y todo lo aceptamos, tan satisfechos con nuestra plácida indiferencia como los británicos con su incoherencia. Sólo cuando el país se hallaba en manos del inmigrante nocivo pusimos un límite a la inmigración; sólo cuando la enmienda décimoctava formaba parte de la constitución, protestamos contra las leyes prohibitivas del alcohol; y de la misma manera el arte se habrá sumergido en la negligencia antes de que comprendamos que sin arte nada significa la vida, y que, en efecto, la vida misma debiera ser un arte. El hombre de negocios nos informa que los Estados Unidos son un país comercial, «el país del hombre de negocios y no del artista. El artista vive en nuestro medio, no por derecho, sino por tolerancia». Si es así como sinceramente pensamos los norteamericanos, ¡Dios nos ampare, porque es demasiado tarde para ayudarnos a nosotros mismos! ¡Cómo, si hasta el «chino pagano» que tanto despreciamos tiene ideas superiores! Si rehusa compartir nuestra ceguera materialista es porque, como nos lo ha manifestado cortésmente, cree demasiado caro el

progreso que no deja a una nación tiempo ni deseo para cultivar el arte de la vida.

(*The North American Review*, julio de 1922.)

De Henry Wilkes Wright

Profesor de filosofía en el Canadá

Los libros no son colecciones de hechos muertos y conservados en frigorífico. Cuando encierran conocimiento real son voces vivas, capaces de transmitirnos todo aquello que posee significación perenne en la historia de la raza humana. La erudición nos inicia en la vida colectiva de la humanidad. Eleva nuestro horizonte mental, ensanchando y enriqueciendo nuestro capital de vida consciente, en virtud de la asimilación de la experiencia de nuestros semejantes desde las edades remotas hasta la hora actual, experiencia de los hechos naturales en su respectivo orden objetivo, experiencia del significado personal con sus varias posibilidades de interés y satisfacción.

La ciencia hace de quien la posee un ciudadano no simplemente de sus alrededores locales sino del mundo entero, no sólo de su época sino de todos los tiempos: engrandece la consciencia de sí mismo hasta incluir el universo. Cuando llegamos a concebir la ciencia en términos de viviente experiencia humana, apreciamos en todo su valor la acumulación y difusión de conocimientos que representa el sistema actual. ¡Cuán ilimitada posibilidad de cultura social significan las facilidades modernas para la publicación de libros y periódicos, nuestros diarios con su servicio telegráfico que alcanza a todos los confines de la tierra, nuestras escuelas y universidades, nuestras bibliotecas y sucursales francas al público por todas partes!

Miscelánea

Dejando de lado las tristes reflexiones a que me mueve una desgracia ocurrida recientemente cerca de mí, apunto algo de la enseñanza que nos queda:

Para los médicos: 1.^o La necesidad primordial de indicar en las recetas las edades de los pacientes. Este requisito es olvidado aquí en el 99 % de los casos, y su omisión hace que el farmacéutico no pueda absolutamente apreciar ciertas equivocaciones de escritura a que está expuesto aun el más sapiente y sereno de los hombres. 2.^o La conveniencia de no servirse de una sola clase de cifras para marcar las cantidades de gramos, granos, gotas, etc. Tratándose de granos y gotas debería conservarse sin excepción el antiguo uso universal de los números romanos.

Para los pacientes o sus familias: el peligro a que se exponen enviando a buscar medicinas mediante sirvientes o niños incapaces de dar al boticario informaciones precisas.

Para los farmacéuticos: los quebraderos de cabeza a que nos exponemos encargándonos del despacho de recetas delicadas en día de fiesta o momentos antes del cierre del establecimiento, cuando no es fácil ponerse al habla con los médicos o con las familias de los pacientes.

*

Según la etimología, la palabra *emérito* significa: 1.º merecido; 2.º premiado; 3.º apagado, consumido, fué ra de servicio. En esta última acepción, Ovidio dice: *emeritum aratrum* (arado ya inútil) y Propertio escribe: *emeritus rogas* (hoguera apagada).

Para Littré y Beaujean, *emérito* es quien, habiendo ejercido un empleo, se ha retirado y goza de los honores de su título, o quien ha envejecido en la práctica de aquello de que se habla. Estos filólogos citan las siguientes expresiones: profesor emérito, bebedor emérito, coqueta emérita, etc.; pero aconsejan que en lugar de la primera se use la de *profesor honorario*.

Según Larousse, el adjetivo *emérito*

debe tomarse siempre en sentido honroso. El *Standard Dictionary* y muchos de los mejores diccionarios castellanos, son de esta misma opinión.

*

Cada vez percibo menos las ventajas que pueda tener el uso de seudónimos, en general. Hay un caso, particularmente, en que dicho uso me parece un error grandísimo: y es el de los escritores jóvenes excepcionalmente bien dotados—como Ulate y Fournier Quirós, entre nosotros.—¿No se arrepentirán más tarde, cuando se sientan desconocidos aun en su propio país y sepan que sus más gallardas producciones han sido atribuidas a plumas ajenas?

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS